

La Semana Santa como reflejo de la cultura andaluza en Cataluña

Sr. José María Pulido. Gerent-editor del Grup Àrea 96 que edita des de l'any 2000 la revista "Raíces Andaluzas"

La revista "Raíces Andaluzas" lleva siete años observando la realidad andaluza en Cataluña. Siete años en los que los grandes acontecimientos organizados por las entidades andaluzas nacidas en tierras catalanas, como la Feria de Abril, el Rocío y la conmemoración del Día de Andalucía, han ocupado muchas de las páginas de nuestra publicación. Nuestro conocimiento de dichos actos ha ido aumentando a lo largo de los años. Compartiendo el día a día con las entidades, hermandades, cofradías y el resto de asociaciones andaluzas en Cataluña hemos ido conociendo los orígenes de algunas de estas celebraciones.

A lo largo de los siete años de existencia de la revista "Raíces Andaluzas" hemos elaborado especiales de algunos de estos acontecimientos. En especial nos hemos volcado en los tres que comentaba al principio de mi comunicación. Tanto la Feria de Abril, como el Rocío y el Día de Andalucía han generado horas y horas de investigación por parte de nuestro equipo de profesionales, quienes han conocido a pie de acto los motivos por los que un grupo de andaluces decidieron, un día del pasado reciente, continuar la celebración de unos actos que, tal vez, no celebraban en su tierra natal.

Ésa es una de las características de la actividad cultural y social de los emigrantes andaluces en Cataluña. Una realidad que nos ha sido rebelada en nuestras múltiples entrevistas con presidentes de entidades, hermandades y

cofradías andaluzas nacidas en la tierra de acogida. El motor de la aparición de todas ellas ha sido la nostalgia, la sensación de que les faltaba algo muypreciado que va más allá de la tierra física y que en su hogar era algo tan obvio que, en muchos casos, no prestaban importancia: su cultura. De todos es sabido que, lo que tenemos más cercano, lo que damos por hecho, es ignorado por la mayoría de nosotros hasta el momento de su pérdida. Nos pasa a todos los seres humanos en relación a otros seres humanos, y a cosas materiales o inmateriales como la cultura.

El problema viene cuando nos la arrancan, cuando nos separan de ella miles de kilómetros de distancia. Las fiestas de nuestro pueblo, a las que algunas veces no acudíamos por cansancio o incluso porque, después de participar años y años, no nos reportaba nada nuevo, ahora nos provocan un sentimiento de añoranza que, sumado a la tristeza del desarraigo en sí mismo provoca en la persona que la sufre el llamado “síndrome de Ulises”. Ese síndrome, cuando aún no recibía ese nombre, fue lo que padecieron los miles de andaluces que llegaron a Cataluña tanto en las primeras oleadas de los 60 como en las posteriores, tal y como lo siguen sufriendo los inmigrantes que llegan a nuestras costas en la actualidad.

Así que, los andaluces que en su tierra natal vivían la cultura de forma pasiva, en los primeros años del asociacionismo andaluz en Cataluña se convierten en actores muy activos de dicha cultura, no la andaluza en general, sino la más cercana a su casa, la de su pueblo, la relacionada con la patrona de su ciudad o con esa tradición gastronómica centenaria de la que ya ni los más ancianos

de nuestra comunidad recuerdan su origen. ¿Cómo podían los andaluces que dejaban a la espalda sus recuerdos y buena parte de su familia sentirse más cercanos a su tierra natal? La cultura les proporcionaba ese sentimiento de identidad que les faltaba por otros lados. Como editor de la revista “Raíces Andaluzas” no entraré a valorar los aspectos políticos y sociales de esa identidad, porque desde las páginas de nuestra revista hemos huido siempre de la interpretación política de los actos que realizan los andaluces en tierras catalanas. Para eso ya están otros medios de comunicación que, a diferencia de nosotros, buscan la confrontación entre las diversas comunidades que conforman la sociedad catalana. Nuestra revista siempre ha querido estar al lado de las personas que organizan las actividades con el corazón en la mano y con la única voluntad de celebrar sus raíces.

De esa necesidad identitaria surgieron las primeras entidades, hermandades y cofradías con raíces andaluzas en Cataluña, en especial a finales de la década de los 70 y con más fuerza en los 80. Tal y como les pedía el corazón y el alma, trajeron una parte de su Andalucía propia a través de actos que, en algunos casos, imitaban los originales y, en otros, la gran mayoría, constituían una visión nueva de una tradición común a sus paisanos. Ésa es otra de las peculiaridades de la cultura andaluza desarrollada en Cataluña. Muchos de sus pioneros, como ya hemos dicho, no tenían por qué participar de su cultura en sus lugares de origen. Por ese motivo, a la hora de organizar su propia celebración en tierras catalanas surgen actos que, aunque parecidos, no tienen porque ser idénticos a los que toman como ejemplo, ni es algo que pretendan.

De ahí la gran riqueza de la programación cultural con origen andaluz en Cataluña.

Los actos que conforman dicha programación son especiales, curiosos y con carácter propio. Muchos de ellos pueden parecer aberraciones para los ojos de los que los miran desde Andalucía. Como sucede con el Rocío en Cataluña, denostado por muchos de los rocieros que celebran el Pentecostés en Almonte. Pero, ¿cómo se puede despreciar una manifestación socio-cultural hecha desde el respeto, la fe y la devoción, y sin buscar nada más que el sentirse más cercano a las propias raíces?

Ése es el único objetivo, al menos el que los impulsó, de actividades como el mismo Rocío, la Feria de Abril o la conmemoración del Día de Andalucía. El tema que nos ocupa, el de la Semana Santa como reflejo de la cultura andaluza, presenta matices interesantes. Así como las tres celebraciones anteriores no se llevaban a cabo en Cataluña hasta la llegada de los emigrantes por ser específicamente celebraciones andaluzas, la conmemoración de la Semana Santa en tierras catalanas no es algo que trajeron consigo los andaluces, sino que dicha actividad ya se desarrollaba en algunas de las principales ciudades catalanas. Aunque, en algunas de ellas, donde se había perdido la tradición de conmemorar la Pasión de Cristo en las calles, fue fundamental la creación de nuevas cofradías y hermandades por parte de dichos inmigrantes andaluces. Ciudades como Barcelona, Santa Coloma, Manresa, El Prat o l'Hospitalet de Llobregat vieron como los pasos y los costaleros volvían a recorrer sus principales arterias viarias gracias a esos

nuevos ciudadanos que vinieron del Sur y que pronto se integraron en su ciudad de acogida sin olvidar, eso sí, sus raíces andaluzas.

Esta integración se demuestra en ciudades que no habían perdido dicha tradición, como Tarragona, Mataró o Badalona, en las que las procesiones impulsadas por andaluces conviven con las que ya se desarrollaban en estas poblaciones.

Otra de las características de las hermandades y cofradías de Pasión creadas por emigrantes andaluces es la forma en la que han nacido. Muchas de ellas surgen de la nada, o más bien de la ausencia que comentaba anteriormente, de la necesidad de asociarse y de revivir la cultura materna. Otras han nacido y crecido en el seno de entidades y asociaciones andaluzas, como lo hizo la Cofradía de la Vera Cruz y María Santísima de los Dolores de Santa Coloma en el seno de la Colonia Egabrense.

Lo que comparten todas estas procesiones de Semana Santa es su carácter andaluz, porque todas y cada una de ellas han asimilado las formas de hacer y de sentir de dicha celebración en Andalucía. Algunos elementos de estas procesiones pueden hacer transportar a las personas que las contemplan a aquellas que recorren las calles de ciudades como Sevilla, como lo sienten las miles de personas que participan en Barcelona de las procesiones que organiza desde hace más de 40 años la Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y María Santísima de la Esperanza Macarena. Eso sí, con menos estrecheces, menos público y una forma de vivir la pasión

distinta, que no menos intensa. Las “levantás”, las “salías” o las saetas que brotan de las gargantas de los badaloneses, por poner solo un ejemplo, consiguen que los andaluces residentes en Cataluña revivan las procesiones de sus lugares de origen.

Y, lo que han logrado estas manifestaciones, no sabemos si por su vistosidad o por el carácter integrador y abierto de los andaluces, es que se contagien también a los no naturales de Andalucía. Residentes en tierras catalanas y procedentes de otras regiones españolas, de la propia Cataluña y, últimamente de países católicos, especialmente de Latinoamérica, de los que proceden los nuevos inmigrantes, han encontrado en estas manifestaciones una manera de demostrar su devoción. Porque, aunque lo que define a estas celebraciones es en sí su carácter cultural andaluz, o al menos lo que más hemos destacado en nuestra revista, no podemos olvidar que lo que mueve a las 300.000 personas que participan cada año en las procesiones de l’Hospitalet de Llobregat, por ejemplo, lo hacen por un sentimiento religioso que, eso sí, en Cataluña ha tomado formas insospechadas.

Una de estas formas tan insospechadas es la que presentan entidades como la Cofradía 15+1, que ejemplifican a las claras el carácter más sentimental que religioso de algunas de las cofradías y hermandades de Semana Santa en Cataluña y que, a la vez, demuestran la integración de éstas en la sociedad catalana. Su excepcionalidad radica en el hecho de que la añoranza por la Semana Santa de 15 andaluces residentes en l’Hospitalet de Llobregat se materializó, hace 30 años, en una procesión espontánea de carácter laico que

ha ido creciendo año tras año hasta convertirse en una de las más multitudinarias de Cataluña. El nombre de la cofradía, ese enigmático “+1”, proviene de la gran acogida que la ciudad demostró desde sus comienzos para con una celebración que ha venido a enriquecer el tejido y la vida cultural de la ciudad.

Lo que desde la redacción de la revista “Raíces Andaluzas” hemos podido comprobar en nuestros muchos reportajes sobre la Semana Santa en Cataluña es algo que Guillermo Caballero plasmó en el pregón de Semana Santa 2005 de la Cofradía 15+1. En un discurso que emocionó a los presentes, Caballero manifestó que “la Semana Santa no es solo fe, fervor y religiosidad, sino que también implica mucho trabajo y esfuerzo por parte de un gran número de personas que se encargan de los pasos y las imágenes”. Un esfuerzo que se ve recompensado en las calles, cuando los cofrades comprueban que el trabajo de todo un año ha valido la pena tan solo por vivir unos momentos de total recogimiento. También hemos vivido junto a los cofrades la desesperación por no poder salir a las calles debido a las inclemencias meteorológicas. O la alegría el día que bendicen una nueva imagen. O la emoción que provocan las saetas al paso de los costaleros.

Desde nuestra visión periodística, nos acercamos a la Semana Santa en Cataluña y comprobamos que, lo que nació como respuesta a un sentimiento de añoranza, se ha convertido en uno de los eventos imprescindibles en la agenda cultural catalana. Lo que nació como una forma más de cultura andaluza reproducida en Cataluña ha alcanzado una idiosincrasia que ha sido

adoptada por todos los que, desde una óptica religiosa o simplemente cultural, participan de la Semana Santa en Cataluña.